

EL ROSARIO POR LA PAZ

A través de algunos pasajes del Magisterio pontificio, me propongo hoy averiguar qué tiene esta agua, que tanto la bendicen: por qué el Rosario es un arma tan indicada para pedir por la paz. La victoria de Lepanto, que fue efecto del Rosario, nos está indicando el camino.



La liturgia, con belleza, llama a María “alumna de la paz”¹. No podemos dudarle, si la paz es Cristo. Y el saludo de Gabriel, que rezamos *Dios te salve* y que en griego es *khaíre* (*alégrate*), reproduce seguramente el saludo arameo *shalom*, es decir, *paz* (Lc 1,28). Gabriel es el representante de Dios, y María es la representante de la humanidad; a través del arcángel, “**Dios anuncia la paz a su pueblo**” (Sal 85 (84),9). A través de María, la humanidad acepta el ofrecimiento de paz; la palabra *fiat* era la respuesta estremecida de los hombres: “**Hágase en mí según tu palabra**” (Lc 1,38): “Hágase en mí según esa palabra *shalom*, hágase en nosotros todos, para siempre, la paz que quiere venir, y que entre para todos, a través del Corazón y el seno de María y llorando en el más pobre de los pesebres, el Príncipe de la Paz (Is 9,6), para hacer las paces entre el hombre y Dios firmando el documento con la Cruz”. Y así, si María nos ha dado a Cristo, María nos ha dado la paz.

Veamos el problema de la paz hoy como una carrera entre los misiles y los Rosarios. Y no podemos eximirnos. La paz brotará del Rosario. Y no solo de un modo *eficiente*, es decir, no solo se lanzará –por así decirlo– un misil menos por cada avemaría más; la relación, muy especial, entre el Rosario y la paz tiene raíces interiores, que creo que están suficientemente expuestas en el Magisterio de S. Pablo VI y S. Juan Pablo II. Antes, unas palabras de gran actualidad con que nos orienta S. Juan XXIII:

“El Rosario de María, pues, resulta elevado a la condición de una gran plegaria pública y universal frente a las necesidades ordinarias y extraordinarias de la Iglesia santa, de las naciones y del mundo entero.

“Ha habido épocas difíciles, demasiado difíciles, en la historia de los pueblos, por la sucesión de acontecimientos que señalaron con notas de lágrimas y de sangre los cambios de los Estados más potentes de Europa.

“Es bien conocida de quienes siguen, desde el punto de vista histórico, los acontecimientos de las transformaciones políticas, la influencia ejercitada por la piedad mariana, en la preservación de desgracias amenazadoras, en la restauración de la prosperidad y del orden social, en la prueba de las espirituales victorias obtenidas”².

Es toda una invitación a rezar el Rosario en tiempos difíciles.

Por su parte, S. Pablo VI enseñaba:

¹ *Misas de la Virgen María*, Misa de Santa María, Reina de la paz, prefacio.

² S. Juan XXIII, Carta Apostólica *Il religioso convegno* (29-IX-1961): *Acta Apostolicae Sedis* 53 (1961) 646.

“Meditando los misterios del Santo Rosario, aprendemos, siguiendo el ejemplo de María, a convertirnos en almas de paz, por mediación del contacto amoroso e incesante con Jesús y con los misterios de su vida redentora”³.

Se indica aquí el origen interior de la verdadera paz, que brota de los corazones, y cómo los corazones pueden ponerse a la escucha en el Rosario meditado; el cual, ciertamente, es como una caracola en la que resuenan para nosotros, perpetuamente, todos los acontecimientos que nos han salvado. María se transformó en alma de paz por la contemplación de su Hijo, y por eso fue *alumna de la paz*. Nosotros estamos en su escuela, aprendemos la paz “siguiendo el ejemplo de María”, somos también alumnos de la paz.

De S. Juan Pablo II, nos quedaremos con dos pasajes de *Rosarium Virginis Mariae*. El primero dice:

“Algunas circunstancias históricas ayudan a dar un nuevo impulso a la propagación del Rosario. Ante todo, la urgencia de implorar de Dios el don de la paz. El Rosario ha sido propuesto muchas veces por mis Predecesores y por mí mismo como oración por la paz. Al inicio de un milenio que se ha abierto con las horrorosas escenas del atentado del 11 de septiembre de 2001 y que ve cada día en muchas partes del mundo nuevos episodios de sangre y violencia, promover el Rosario significa sumirse en la contemplación del misterio de Aquel que «es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (Ef 2, 14). No se puede, pues, recitar el Rosario sin sentirse implicados en un compromiso concreto de servir a la paz, con una particular atención a la tierra de Jesús, aún ahora tan atormentada y tan querida por el corazón cristiano”⁴.

Han pasado veinte años, y la vigencia de esta invitación al Rosario, con mención de los conflictos armados, no puede ser mayor. La paz aparece como un don de Dios que debemos pedir, pero simultáneamente aparece como don que estamos llamados a recibir entrando en el Rosario y contemplando la paz hecha niño en Jesucristo; y, todavía, al recibir en nosotros el don de la paz que pedimos para todos, despierta “un compromiso concreto” de comprometernos por la paz. Llama la atención cómo S. Juan Pablo no ha querido distinguir el sentido de la paz como don de Dios público, el de la misma paz como don que recibimos en el Rosario y el sentido de la paz como tarea, misión, compromiso y obligación que queremos afrontar y que en el Rosario aceptamos, sea por primera vez, sea por enésima. Al no hacer distinción –al menos aquí y de forma clara-, la paz anhelada resulta ser una luz que nace desde siempre en el Corazón del Padre, que viene hasta nosotros en las manos del “**Príncipe de la paz**” (Is 9,6), que permanece siempre en el alma de su madre, que se nos da como gracia y que pugna por iluminar todos los rincones del mundo. La paz es un todo y ha de estar en todo.

El segundo pasaje de *Rosarium Virginis Mariae* dice así:

“Las dificultades que presenta el panorama mundial en este comienzo del nuevo milenio nos inducen a pensar que solo una intervención de lo alto, capaz de orientar los corazones de quienes viven situaciones conflictivas y de quienes dirigen los destinos de las naciones, puede hacer esperar en un futuro menos oscuro.



³ S. Pablo VI, exhortación apostólica *Recurrens mensis October* (7-X-1969): *Acta Apostolicae Sedis* 61 (1969) 651.

⁴ S. Juan Pablo II, carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16-X-2002), n.º 6.

“El Rosario es *una oración orientada por su naturaleza hacia la paz*, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y ‘nuestra paz’ (Ef 2,14). Quien interioriza el misterio de Cristo –y el Rosario tiende precisamente a eso- aprende el secreto de la paz y hace de ello un proyecto de vida. Además, debido a su carácter meditativo, con la serena sucesión del avemaría, el Rosario ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado (cfr. Jn 14,27; 20,21).

“Es además oración por la paz a causa de la caridad que promueve. Si se recita bien, como verdadera oración meditativa, el Rosario, favoreciendo el encuentro con Cristo en sus misterios, muestra también el rostro de Cristo en los hermanos, especialmente en los que sufren (...).

“En definitiva, mientras nos hace contemplar a Cristo, el Rosario nos hace también constructores de la paz en el mundo. Por su carácter de petición insistente y comunitaria, en sintonía con la invitación de Cristo a ‘orar siempre sin desfallecer’ (Lc 18,1), nos permite esperar que hoy se pueda vencer también una ‘batalla’ tan difícil como la de la paz. De este modo, el Rosario, en vez de ser una huida de los problemas del mundo, nos impulsa a examinarlos de manera responsable y generosa, y nos concede la fuerza de afrontarlos con la certeza de la ayuda de Dios y con el firme propósito de testimoniar en cada circunstancia la caridad, ‘que es el vínculo de la perfección’ (Col 3,14)”⁵.



Aparece en primer lugar, de nuevo, la necesidad de rezar por la paz; el resto es un desarrollo que muestra lo adecuado que es el Rosario cuando la paz está amenazada; el último párrafo expresa – entre otras cosas- la esperanza en el éxito de nuestra súplica.

Se presenta el Rosario como oración “orientada por su naturaleza hacia la paz” desde tres puntos de vista. Primero, porque en él contemplamos los misterios de Cristo, que es nuestra paz, y de hecho, “el Rosario tiende precisamente” a “interiorizar el misterio de Cristo”; obviamente, esto no vale para quienes solamente recitan los misterios, sin contemplarlos⁶. Segundo, porque la índole meditativa del Rosario favorece la interiorización de la paz y su consecuente difusión en el entorno. Tercero, porque nos empuja a la caridad con los necesitados. En suma, en el Rosario, al contemplar el rostro de Cristo en sus misterios, nos convertimos en constructores de paz social.

Somos alumnos de la paz. Rezad el Rosario por la paz. Rezadlo en familia, en grupos e individualmente. Es la tarea más importante y urgente para detener los artefactos homicidas. No debemos creer que nuestra arma es débil, como no lo fue la honda de David ante la arrogancia del filisteo, a quien decía:

“Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina. En cambio, yo voy contra ti en nombre del Señor del universo (...). Todos los aquí reunidos sabrán que el Señor no salva con espada ni lanza” (1 Sam 17,45-47).

Él salva con el Rosario.

Otras *Cartas marianas* sobre el Rosario: I (febrero de 2018) - II (abril de 2018) - IX (octubre de 2019) - XI (febrero de 2020)

Miguel Ruiz Tintoré

miguelruiztintore@gmail.com

⁵ *Rosarium Virginis Mariae*, n.º 40.

⁶ Véanse las *Cartas marianas* I (febrero de 2018) y II (abril).